

« Sábás, desde una altura de cerca diez codos. Cuando
 « cesó la lluvia, se encontró al jóven bajo un montón de
 « piedras sin haberse causado el más leve daño. Yo mismo
 « fui espectador de este milagro obrado en el mismo dia
 « en que yo vine á esta nueva laura con intención de
 « escoger el sitio en que edificar mi celdilla. »

Además de los célebres solitarios de los monasterios de san Eutimio y san Sábás que conoció Cirilo, y cuyos relatos, unidos á lo que él mismo vió, le ayudaron à formar las memorias de las vidas de estos santos, tuvo la dicha de conocer personalmente á san Ciriaco. Iba con frecuencia á visitarle al desierto de Susacim y á la laura de Suca, llevándole cartas de san Juán el Silenciaro, relativas á los males que causaban los herejes en aquellas comarcas. De este Santo aprendió también muchas particularidades en orden á las acciones y prodigios de los Santos. Por último, hallándose retirado en la grán laura, escribió en 557 la vida de su padre espiritual, san Juán el Silenciaro, que aún vivia. Se ignora el tiempo que vivió despues, así como la época de su muerte.

SAN TEODOSIO EL CENOBIARCA¹

Margariazzo, ciudad de Capadocia, se ha hecho célebre en la historia monástica por el nacimiento de san Teodosio, como la aldea de Mutalasco lo ha sido también, en la misma

¹ Opina el cardenal Baronio que el mouje Cirilo, á quien con tanta frecuencia hemos citado, es el que escribió la vida de san Teodosio; pero no se desprende así del método de este historiador, que acostumbra marcar con más exactitud los lugares, los tiempos y otras circuns-

provincia, por el de san Sábás, su amigo particular y su compañero en la dirección de los monjes de la Palestina. Este santo, llamado el Cenobiarca, para distinguirlo de san Teodosio el Antioqueno, que nació hacia el año de 423, bajo el imperio de Teodosio el Joven. Su padre, llamado Procereso, y su madre Eulogia, eran excelentes cristianos, que lo recibieron providencialmente como un don de Dios, según la significación de su nombre. Le educaron con el mayor esmero en la piedad que fervorosamente profesaban, y tuvieron el consuelo de verle crecer en mérito y en virtud.

No se sirvió de su razón, cuando llegó al uso de ella, sino para dar en su corazón una entera preferencia á los ejercicios de devoción sobre los bienes del siglo y los placeres á que de ordinario se consagra la juventud. Su alma no gustaba más que de las cosas divinas, y únicamente suspiraba por la soledad. Fué, por lo tanto, admitido en el clero, y ordenado lector, siendo todavía muy joven, cuyo oficio le obligaba á leer más asiduamente las sagradas Escrituras, en las cuales adquirió un grande conocimiento, y cuyo sentido explicaba con admirable facilidad. Así es que, cuanto más alimentaba su alma con su estudio, tanto más le impresionaban las verdades en ellas contenidas, y le desprendían de las cosas de la tierra, para hacerle avanzar en la perfección evangélica.

El ejemplo de Abrahám, que, siguiendo la voz de Dios, salió de su país, le solicitaba á abandonar el suyo, y el deseo de caminar en pos de Jesucristo por el camino estrecho le atraía á la vida religiosa. Anduvo algún tiempo preocupado con estos pensamientos, é hizo largas oraciones para cono-

tancias. Debe haberlo sido, por lo tanto, algún religioso de su monasterio, que vivió muy poco tiempo después del Santo. Su historia ha sido reconocida como muy verídica por escritores de la mayor competencia. Véanse el cardenal Baronio y los Bolandos.

cer la voluntad de Dios, diciéndole desde lo más íntimo de su corazón: « Ponedme, Dios mío, en el camino que os plazca, para que yo marche por los senderos de la verdad. » Resolvió, por último, ir á Jerusalén á visitar los santos Lugares, llevando siempre el objeto de adquirir nuevas luces, para escoger el estado de vida que más agradase al Señor.

Sus plegarias fueron escuchadas antes de que llegase allí, y san Simeón Estilita fué el intérprete que le dió á conocer los designios que Dios tenía sobre él.

Habitaba este Santo en una columna, ofreciendo con su prodigiosa vida un espectáculo digno de admiración á los ángeles y á los hombres. Quiso Teodosio aprovechar la ocasión de pasar por Antioquía para visitarle y recibir su bendición. San Simeón, desde lo alto de su columna, le vió acercarse, y llamándole por su nombre, le dijo: Teodosio, hombre de Dios, sé bien venido. Quedó sorprendido de oírse llamar con su nombre por un Santo, que jamás le había visto: así es que, lleno de respeto y temor, se postró ante él; pero el Santo le hizo subir á su columna, le abrazó tiernamente, y le predijo su suerte futura, anunciándole sobre todo que sería pastor de numerosas ovejas espirituales, á las que defendería del furor del lobo infernal.

Estas predicciones que escuchó con un grande espíritu de fé le confirmaron en su piadoso designio. Salió de la presencia del Santo lleno de confianza en sus promesas y en sus oraciones, y siguió su camino con el corazón lleno de gozo y abrasado de santo ardor. Después de visitar los santos lugares de Jerusalén, de donde Juvenal era obispo, deliberó algún tiempo si abrazaría una vida enteramente solitaria, ó si entraría en algún monasterio para vivir en compañía de otros religiosos. Este último estado le pareció más seguro en un principio, atendidas

su propia debilidad y falta de experiencia. Pues decía:
 « ¿ No sería una temeridad, ó más bién una locura, que
 « un soldado, apénas entrado en la milicia, dejase su
 « instrucción para ponerse frente al enemigo? ¿ Como,
 « pues, no hallándome aún formado en la milicia espiritual,
 « tendré la temeridad de exponerme á luchar solo en la
 « soledad del desierto con las potestades de las tinieblas?
 « Conviene, por lo tanto, que aprenda de los santos Padres,
 « que ya tienen experiencia, la manera de combatir,
 « hasta que, suficientemente dirigido por sus instruccio-
 « nes, pueda recoger el fruto de sus lecciones en la soledad
 « del desierto. »

Vivia por entónces en un rincón de la torre de David un recluso, llamado Longino, que habia envejecido en los trabajos de la penitencia, y que á sus virtudes monásticas unia luces admirables para la dirección de las almas. Su reputación era muy grande, y Teodosio quiso ponerse bajo su dirección para instruirse perfectamente en los deberes del estado que habia escogido. En él encontró todo lo que podia esperar para su aprovechamiento espiritual, entre- gándose con tanta confianza, que en poco tiempo hizo progresos que llenaron de gozo el corazón de su maestro.

Miéntas que experimentaba bajo su dirección todas las ventajas de la obediencia religiosa, y cuando Longino creia tenerle á su lado el resto de sus dias, una piadosa señora que habia consagrado sus riquezas á la religión, edificando una iglesia en honor de la Santísima Virgen en el camino de Betléem, vino á suplicar al santo anciano que le cediese á su discípulo para que se encargase de su dirección. Hubo de rendirse á sus reiterados ruegos, y Teodosio, que habia hecho profesión de obedecerle en todo, se sometió á él no sin repugnancia, teniendo la pena de separarse de un maestro, á quién se hallaba unido por los lazos de la con-

fianza y del reconocimiento, y por las ventajas espirituales que habia encontrado en su dirección.

Tanta virtud demostró en este nuevo ministerio, que era objeto de universal admiración. Pero no pudiendo sufrir su humildad el verse obligado á dirigir á los que se hallaban consagrados al servicio de esta Iglesia, y siéndole repulsivas las muestras de estima y veneración que le atraia su reputación, suplicó que se le separase de aquel cargo, y se retiró á una caverna que habia en una montaña inmediata, en la cual, según la tradición, pasaron los Magos la noche para ocultar su partida al rey Herodes, cuando volvian á su pais despues de haber ofrecido sus adoraciones al tierno niño Jesús.

La vida que emprendió en este paraje fué enteramente celestial. Allí inmoló su cuerpo á la penitencia, y entregó su espíritu y su corazón á la oración y á los ardores de la caridad. No se alimentaba más que de frutos y yerbas silvestres, ó de legumbres mojadas en agua, y esto muy sobriamente, y cuando era absolutamente necesario para impedir que su cuerpo sucumbiese á los rigores de la penitencia: régimen que observó durante más de treinta años, sin que en todo este tiempo comiese una sola vez un pedazo de pan.

Pero miéntas que así mortificaba su carne con un ayuno tan austero, daba á su espíritu todo el vuelo de un santo fervor, pasando de pié toda la noche en la contemplación, y en el canto de los salmos, derramando unas veces lágrimas de compunción, y gustando otras las delicias inefables que Dios en su misericordia hace experimentar á las almas abrasadas en los ardores de su santo amor. « Así
 « es, dice su historiador, que miéntas que estenuaba su
 « cuerpo con los rigores de la penitencia, alimentaba su
 « alma con una oración no interrumpida, pudiendo compa-
 « rársele á aquel árbol de que habla el Profeta de los

« salmos ¹, y que, hallándose colocado en la corriente de las « aguas, dá en su tiempo abundante fruto. Añade que no « observó esta vida tan austera sólomente para reprimir las « pasiones de la juventud, sino que la practicó hasta el fin « de su vida, que fué muy larga. De suerte que su alma y « su cuerpo fueron como dos compañeros embarcados en « un mismo bajel, que no dejan de llevar un mismo « camino, sino cuando se separan en el puerto ».

Aún cuando todos los preceptos divinos, añade, le eran muy gratos y preciosos, y se esforzaba, por cumplirlos con la mayor perfección, miraba, no obstante, con atención especial, y trabajaba por cumplir con la más exacta fidelidad la ley suprema de la caridad, á imitación del apóstol san Pablo que fué su más perfecto modelo.

Debemos considerar como un efecto que esta reina de las virtudes producía en su corazón, el sacrificio que hacía de su afecto al reposo y al silencio en favor de los que venían á gozar de su compañía, y le escogían para que dirigiese sus almas. No fueron estos en un principio más que seis ó siete, y se consagró á inspirarles los mismos sentimientos de aversión á las delicias de la tierra y de amor á los trabajos de la penitencia, de que él mismo se hallaba poseído, y que le habían preparado á las más eminentes virtudes. Como estaba persuadido de que el pensamiento de la muerte era un medio eficazísimo para formar en ellos estas santas disposiciones, les ordenó un día que preparasen una tumba, para que, teniéndola constantemente ante sus ojos, se acordasen de su fin último. Cuando estuvo concluida la tumba, fué á verla, y teniendo á su lado á todos sus discípulos, les dijo con un tono mezclado de gozo y gravedad: Ya está preparada la fosa, ¿quién será el primero que la ocupe? Uno de ellos, llamado Basilio, y que era

¹ Ps. I.

sacerdote, movido del deseo de unirse á Dios, y teniendo un presentimiento de lo que iba á ocurrir, se postró de rodillas, diciéndole: Padre mio, dadme vuestra bendición: yo soy el primero que voy á ocuparla. Ilustrado el Santo con luces de lo alto, conoció que decía verdad, y quedó sumamente satisfecho de ver sus buenas disposiciones.

Desde entónces se consideró á Basilio cual si no estuviese en el mundo. Hiciéronse por él las preces que acostumbra la Iglesia por los difuntos en los días tercero, noveno y cuadragésimo despues de su muerte y al llegar este último, este religioso, sin fiebre, ni dolor de cabeza, ni ninguna otra apariencia de enfermedad, se durmió dulcemente en el Señor. Desde entónces se conserva la memoria de este suceso, y en el siglo XII se mostraba aún el paraje en que fué enterrado. Así lo atestigua Juan Focas, que hizo en aquel tiempo el viaje á Tierra Santa.

Dios añadió á este un nuevo milagro. San Theodosio vió á Basilio, durante los cuarenta días que siguieron á su muerte, unirse á los otros religiosos en el tiempo de la salmodia y cantar con ellos las alabanzas del Señor. En un principio sólomente él lo vió, pues Aecio, uno de sus discípulos y el más fiel imitador de sus virtudes, oía su voz, pero no lo veía; así es que suplicó al santo abad que le alcanzase de Dios esta gracia. A la noche siguiente le fué concedida, pues, habiéndose presentado Basilio como en las noches anteriores para cantar con los otros religiosos, san Teodosio rogó al Señor que abriese los ojos de Aecio para que pudiese verlo. Así sucedió, y apercibiendo á Basilio corrió á abrazarlo; pero éste desapareció, diciendo con una voz que fué oída de todos: Dios os guarde, Padre y hermanos míos; en adelante no me vereis más. « De esta « manera, dice el escritor de la vida de nuestro Santo, se « verifico este oráculo del Salvador del mundo: *El que cree « en mí vivirá aunque esté muerto.*

Este primer testimonio de la santidad de san Teodosio dado por el mismo Dios á sus discípulos, fué seguido de otro que sirvió para confirmarlos más y más en la idea que tenían de su santidad y para inspirarles mayor confianza. Era la vigilia del santo día de Pascua, y no habia provisión alguna en el monasterio, ni aún de pan para consagrar á la mañana siguiente. Los religiosos se hallaban en extremo afligidos, temiendo ser privados de la Misa en un día tan solemne, lo cual les apenaba mucho más que el ser privados del alimento corporal. Pero el Santo, lleno de confianza les dijo : Preparad todo lo que se necesite para la santa Misa, y Dios proveerá. En efecto, ántes que se pusiese el sol, se presentó un hombre con dos mulos cargados de provisiones, las cuales alcanzaron para el sustento de la comunidad hasta la fiesta de Pentecostés, siendo aún mucho más grato para los religiosos el que aquel hombre les trajo pan preparado para la santa Misa.

En otra ocasión les hizo el Señor sentir los efectos de su providencia de una manera no ménos admirable. Habia en aquellos parajes un hombre rico, que distribuia grandes limosnas á los monasterios, pero que nunca se acordaba del de nuestro Santo. Dijéronle sus discípulos que seria conveniente hacerle conocer su pobreza, para que pudiesen participar de sus liberalidades. Pero san Teodosio, que confiaba más en la providencia de Dios que en la caridad de los hombres, no quiso atender á esta advertencia. Muy pronto experimentaron los religiosos que Dios cuidaba de ellos mucho más de lo que pudieran esperar de las criaturas ; pues cuando ménos lo esperaban, un hombre que llevaba á otro monasterio un mulo cargado de provisiones, sintió que, al pasar por éste, se detuvo el animal sin poder hacerle pasar adelante. En vano lo castigó : tuvo que dejar al animal á su capricho, y éste se entró en el monasterio del Santo, en el cual, viendo el hombre la pobreza de los

religiosos, reconoció que era un aviso del cielo el que la bestia se hubiese detenido, para que dejase allí su carga.

El número de sus discípulos, que hasta entónces habia sido de doce, aumentó considerablemente. Su gruta no podia contenerlos, y fué preciso pensar en construir un monasterio en forma. Aunque ne le faltaba celo, no podia verse á la cabeza de tanta gente sin que sufriese su corazón. Representábase per una parte las dulzuras de la vida solitaria que ántes habia practicado, y los consuelos que en ella experimentaba ; miéntras que, por otra, consideraba el ejemplo de Jesucristo que habia vivido con sus discípulos para gloria de su Padre celestial. Sentíase, pues, atraído por estos dos encantos, por el del retiro y por el de la caridad para con el prójimo, lo cual le preocupaba mucho.

Por último, tomó el partido de entregarse enteramente en manos de la divina Providencia que tantos religiosos le enviaba para dirigirlos, confiando que, al encargarse de ellos para guiarlos según la voluntad divina, no perderia su espíritu en medio de las solicitudes inherentes á su ministerio ; puesto que más que la solicitud por el bién temporal, constituye al verdadero religioso la tranquilidad de espíritu por la sumisión á las órdenes de Dios.

Tenia, sin embargo, que deliberar en que paraje habia de edificar su monasterio, y pidió al Señor que se lo manifestase por algún signo sensible. Con este objeto tomó un incensario, puso en él carbones sin fuego, y se dirigió á diferentes parajes del desierto, que consideró adecuados para su designio, esperando que Dios encendiese milagrosamente los carbones en el lugar que le fuese más grato y propio para que le sirviesen los religiosos. Despues de haber recorrido varios sitios sin efecto alguno, llegó á uno que se hallaba á poca distancia de su gruta, y vió que de pronto se encendieron los carbones, y que empezó á subir el humo del incienso, y no pudiendo ya dudar de la volun-

tad de Dios, comenzó á echar los fundamentos de su monasterio, que muy pronto se hizo el más célebre y considerable de toda la Palestina.

Su reputación, ó por mejor decir, Dios, que queria servirse de él para la santificación de innumerables almas, atrajo á él á personas de todas las condiciones y de todas las partes del mundo. Unos pertenecian á la magistratura y á las dignidades del mundo : otros á la profesión de las armas, y otros se hallaban consagrados á las ciencias profanas ; pero que todos consideraban las ventajas del mundo como pasajeras y llenas de ilusión. Así es que acudieron de la Europa, del Asia y del Africa, para someterse humildemente á su dirección, y marchar por los senderos de la salvación eterna.

Un cuerpo tan vasto, formado de tantas naciones, de caracteres y condiciones tan diferentes, suponía en san Teodosio talentos muy superiores para dirigirlo. Pero si no habia cultivado las ciencias profanas, ni el arte de gobernar según las reglas de la política mundana, se hallaba ilustrado y guiado por el espíritu de Dios, y prueba evidente de ello es el orden admirable que, merced á sus cuidados y vigilancia, reinó en aquella numerosa comunidad. En ella estableció el ejercicio de todas las artes necesarias para la vida, tanto para que sus religiosos distribuyesen el tiempo entre las ocupaciones manuales y las de la penitencia, como para que dentro del monasterio tuviesen todo lo preciso, sin necesidad de que saliesen fuera, y conservasen de este modo la santidad de su estado.

Edificó tres iglesias ; una para los que hablaban la lengua griega ; otra para los armenios, en los cuales se comprendian los que hablaban el persa y el arabe, y la otra para los europeos que venian de la Tracia ó de la Mesia, y que hablaban la lengua eslavona y rúnica. En estas diferentes iglesias alababa cada nación á Dios en su lengua natal, can-

taba los salmos, y se oraba siete veces al dia, conformándose de este modo al oficio canonical. Se celebraba tambien la Misa de los catecúmenos, que consistía en la parte del santo Sacrificio que precede al Ofertorio, y despues de la lectura del Evangelio se reunían todos en la Iglesia de los griegos, que era la principal, para participar de los santos misterios. Créese que en estas iglesias se observaba la liturgia de san Basilio : porque además de que san Teodosio la habia aprendido en Capadocia, hace notar el historiador de su vida que profesaba grande veneracion á este santo Doctor : que llevaba grabadas en su corazón sus excelentes máximas : que leia sus obras con especial predilección, y que se esforzaba por conformar á ellas sus costumbres, y hasta por imitarle en su modo de expresarse en las instrucciones que daba á sus religiosos.

Algunos de estos, llevados de un fervor indiscreto y presuntuoso, se habian retirado á las montañas y cavernas, para hacer vida de anacoretas, emprendiéndola con una necia confianza en sus propias fuerzas, y atribuyéndose á sí mismos lo bueno que creian hacer, sin considerar que el hombre no puede hacer nada bueno en orden á su salvación, si no es ilustrado y sostenido por la gracia de Jesucristo. Dios castigó su temeridad, *entregando sus cuerpos al demonio, para que sus almas fuesen salvas*, segun la expresión del apóstol san Pablo ¹, y permitió que les atormentase el enemigo invisible. Viéndose en tan deplorable situación, acudieron al Santo, quién, movido de compasión, los acogió con una bondad enteramente paternal, edificó para ellos un monasterio con su capilla, no permitiéndoles entrar en las otras iglesias, para que, en los accesos de su mal, no turbasen el oficio divino, y atendió á todas sus necesidades espirituales y corporales con maravillosa caridad.

¹ I Cor. v.